

daba torpemente cierta excusa á la arbitrariedad.

El 10 de Diciembre llegaron los cónyuges á Mérida. Allí embargó el gobernador los caballos que quedaban y parte del equipaje, y eso que Marsilly no estaba detenido oficialmente, pues disfrutaba de alojamiento y estaba aparentemente en libertad, mientras llegaba de Madrid la respuesta al parte dado por el alcalde de Herrería.

El 12 de Diciembre escribió Marsilly á los ministros de Estado y de la Guerra, y al señor de Rayneval, embajador de Francia en Madrid.

Tiempo perdido. La corte de España se ocupaba mucho más en aquel momento de intrigas políticas que de las desventuras de un teniente coronel de aventura. El ministro Cea Beraundez vacilaba, y Martínez de la Rosa se aprestaba á recoger la sucesión de aquella administración impopular. En cuanto al gobierno francés, había reconocido á la reina y colocado un cuerpo de observación en las fronteras de los Pirineos; pero tenía bastante que hacer dentro para no cuidarse mucho de lo que pasaba fuera. El partido democrático se agitaba en Lyon, y trataba de sacar partido de una crisis industrial; varias conspiraciones militares hacían recelar de la fidelidad del ejército, y todos los Marsilly que la revolución de Julio había lanzado á la calle, soñaban con asaltar otra vez el poder para aprovecharse mejor de la victoria.

Era la época en que parecía, al menos en Francia, que los motines habían llegado á hacerse crónicos. Según decían los prácticos, se insultaba á la monarquía que se había hecho á tiros, y que se pensaba deshacer lo mismo; se insultaba á la autoridad lo mismo en la calle, que en el tribunal ó en el trono; así, pues, no es extraño que no conmovieran al señor de Rayneval los infortunios del héroe de Julio, del condottiere errante. El representante de Francia sabía por experiencia lo que podía esperarse de estos rebeldes incorregibles. Todo París se divertía á la sazón con las tonterías de un tal Buchoy-Hilton, que titulándose coronel de voluntarios de la Carta, se había refugiado en Londres donde se había hecho limpia-botas, así como Chodrucduelos se dedicaba á mendigar. Buchoy-Hilton, montado en un jaco ricamente enjaezado, recorría las calles de Londres desplegando,

para mayor placer de los sockneys, un inmenso estandarte rojo en el cual se leían estas palabras:

«Duk-street, Blanck friars-road. A la muestra de la Pera blanda. A la hermosa cabeza de Felipe el tirano (1).

»Fabrica del altísimo, poderosísimo, ilustrísimo y brillantísimo fabricante de betun de la Pera blanda. Este betun está hecho con los huesos y la sangre de los satélites del hipócrita Luis Felipe. Este betun no puede ser más negro porque tiene todas las cualidades de la Pera blanda. Es tan negro como su alma.

»Precio, un penique la onza.»

Así, cuando el señor de Rayneval supo de quien se trataba, su actitud y su lenguaje cambiaron casi súbitamente. Al pronto prometió el ministro de Francia su protección á una carta de Ana de Marsilly, pero las respuestas no tardaron en ser más cortas y más frías.

Digamos también que bajo la monarquía de Julio, y sobre todo durante los primeros años de ella, los franceses no encontraban en el extranjero, en las legaciones y en el cuerpo consular de la nación, sino un apoyo insuficiente. Basta haber viajado en aquella época, para haber apreciado la diferencia de protección que encontraban los súbditos franceses y los de otras naciones. «No nos metais en enredos,» era la consigna de toda nuestra diplomacia. En Amberes, en Aucona, en Méjico, en Marruecos, la armada y el ejército hacían respetar el nombre francés; pero mientras que un contraalmirante, Roussiu, echaba resueltamente el ancla en los muelles de Lisboa, y apuntaba sus cañones al palacio de don Miguel, las autoridades portuguesas insultaban impunemente ó despojaban á los franceses. En España nada era más común en esta época que los procedimientos violentos y sumarios de las autoridades españolas para con los residentes franceses. Así, un tal Boisson, francés establecido en Barcelona, vió poco tiempo antes en el tribunal eclesiástico pronunciar por motivos fútiles una sentencia de divorcio, y durante el procedimiento, la fuerza armada invadió sus almacenes y se apoderó de sus mercancías, que nunca más le fueron devueltas. En vano Boisson solicitó el apoyo

(1) Llamaba el populacho *Pera blanda* á Luis Felipe.

del cónsul francés en Barcelona; éste le negó toda protección, y Boisson, arruinado completamente, no pudo obtener tampoco ninguna indemnización del ministro de Negocios extranjeros de Francia.

Todo el mundo sabía que detrás de cada ruso, inglés ó americano se encontraría un cónsul ó un embajador presto á pedir satisfacción de una ofensa ó de un perjuicio; pero se podía insultar ó robar á un francés casi impunemente.

El 12 de Diciembre supo el señor de Rayneval la extraña situación en que se hallaba Marsilly. El 26 no hubo contestación. Las autoridades de Mérida se envalentonaron, y Marsilly, que hasta entonces no había estado más que guardado de vista, fué encarcelado. En el trayecto de su casa á la cárcel, el delegado del gobierno le indicó que para obtener libertad y pasaporte, le sería tal vez preciso sacrificar algunas *amarillas*, y Marsilly se hizo el sordo; el delegado le indicó que tenía un precioso reloj de repetición, y Marsilly no quiso entender: se le puso comunicado.

Entretanto, Ana escribía cartas sobre cartas á la Cámara de los diputados en París, á Dupin, á Garnier Pagés, al general Sebastiani, á quien creía todavía ministro de Negocios extranjeros, y que había sido reemplazado por el duque de Brogli. Las primeras respuestas del señor de Rayneval fueron bastante calurosas; mas luego, en virtud sin duda de avisos recibidos de Francia, se enfrió.

La exaltada pareja se exasperaba más con esto. «Gastaremos nuestra sangre y nuestras fuerzas en defendernos, en pedir justicia,» escribía Ana al señor de Rayneval. «Será el gobierno francés tan cobarde que nos abandonará?»

Pocos días después negaban á Ana la entrada en el calabozo de su marido. Erase preciso dar hasta cinco duros al carcelero para obtener cinco minutos de conversación con Luis.

En cuanto al pobre secretario, estaba con grillos y cadena en compañía de criminales condenados á las últimas penas.

«Señor embajador,» escribía Ana indignada; soy mujer, y no cuento hoy más que veintitres años; pero si tuviera el honor de representar un país tan hermoso como Francia, sabría disponer que se hiciera

justicia á mis conciudadanos, y no permitiría jamás que un oficial superior fuese robado y preso sin haber dado motivo para ello de ninguna manera... Confieso que tengo alguna esperanza en la Cámara de diputados: ella apreciará, así lo creo, la conducta de los diplomáticos, para quienes vota todos los años un presupuesto tan crecido; ella sabrá cuántos desgraciados franceses procedentes de Oporto han sido en Lisboa abandonados por nuestro cónsul al furor de los dos partidos, mientras que el de Londres ha reclamado y salvado á todos los ingleses que se encontraban en igual posición.

«He demostrado más de una vez que no temo á las balas ni á las bombas; al lado de mi marido estaba en Oporto cuando recibí una herida en el pecho; pero no me detendré ahí, y probaré, como la historia lo ha mostrado con frecuencia, que cuando es preciso, una mujer puede, sola y sin recursos, obtener con su brazo y con su pluma, venganza de la injusticia y de la cobardía.»

Ana pedía un pasaporte para ir á Madrid, y pedir indemnización de daños y perjuicios ocasionados á su marido y á ella, y el señor de Rayneval, adivinando qué especie de mujer era, se hizo el muerto. La aventurera era capaz de armar un escándalo, y eso era precisamente lo que más temía el embajador; así es que prefirió dejar que se cometiera una injusticia, y abandonó á Marsilly á su suerte.

Pero Ana no se abandonó. La habían alojado en Mérida en casa de una señora, viuda de un general, la cual, apiadada de sus desgracias é interesada por la belleza simpática de Ana, la aconsejó que fuera en secreto á Madrid. Necesitaba papeles: Ana compró por cuarenta duros los de una camarera, y el 6 de Febrero, á las once y media de la noche, tomó asiento en la diligencia que debía conducirla á Madrid. Bajo su mantilla española ocultaba dos pistolas. «No tema usted nada por mí,» había dicho á su huésped al partir viéndola temblorosa, como también al criado Dehant que llevaba: no teman ustedes nada: hay que acabar con estos tunantes, y estoy resuelta á levantar la tapa de los sesos al que venga á prenderme.»

Arrellenóse en su asiento, respondió lacónicamente en español á algunas preguntas que le dirigieron sus compañeros de viaje, y el 10 de Febrero lle-

gó á Madrid, rendida de cansancio, pero llena de esperanza.

Una hora despues estaba en el salon de la Cancillería. Un secretario, á quien se dirigió, viendo una mujer de condicion bastante modesta, pues su traje era como el del pueblo bajo de Madrid, quiso saber qué tenia que decir al embajador.

—No necesito decir mi nombre, respondió Ana. Vengo de lejos para hablar al señor conde Rayneval, y no saldré de aquí sin verle. Dígame usted que soy francesa, y que yo estoy acostumbrada á hacer antesala.

Viendo que el secretario la miraba estupefacto, abrió las puertas á la ventura, y se encontró sin anunciarse frente á frente del señor de Rayneval. El embajador era una persona sumamente fina, y cuando se vió apretado, se excusó con extraordinaria amabilidad, y mostró tanta solicitud como respeto hácia una mujer, que en medio de todo, era verdaderamente distinguida.

—Siento en el alma, la dijo, no haber podido terminar tan pronto como hubiera deseado el asunto de vuestro esposo, pero no hay medio de acabar en este maldito país. Baste decirnos, señora, que aún no he podido despachar negocios cuyo objeto está ya acordado hace seis ó siete años. Volveré á hablar á Martínez de la Rosa.

—¿Quereis verle vos misma?

—No me da cuidado, con tal de acabar, y pronto; pero debo prevenir á usted que si el ministro quiere hacer diplomacia conmigo, se equivoca, y no respondo del resultado que pueda dar el desprecio que siento por el carácter español. Estoy mirando hoy con la mas profunda indignacion esas casacas bordadas, que por tanto tiempo han implorado nuestra generosidad en Francia, tratar á los extranjeros tan mal, que les dejan robar y atropellar en España.

El señor de Rayneval sonrió por cortesia á esta coleccion de insultos, que le daba la medida de sus protegidos. Ana era de la escuela de Marsilly, es decir, que precisamente empleaba un tono que quitaba todo el valor á sus razonamientos.

—Ya os avisaré, la dijo el embajador, del día y la hora á que podreis ver al ministro.

Ana había ido recomendada por su huésped de

Mérida á una hermana que tenia en Madrid, y en su casa se hospedó siendo acogida como una hermana, y allí esperó con impaciencia el efecto de las promesas del embajador.

El 13 de Febrero la envió á decir que la recibiría el señor Martínez de la Rosa. Ana pidió al señor de Rayneval que asistiera á la conferencia, pero éste se hallaba enfermo de la gota.

El día indicado fué á la secretaria, acompañada de su huésped doña María, donde despues de hacerlas esperar mucho tiempo, entró de pronto el ministro en traje de etiqueta: sombrero con plumas blancas, calzon corto de cachimir blanco y medias de seda, y oro por todas las costuras. El ministro se acercó y dirigió á la jóven algunos cumplimientos en español.

Ana de Marsilly, con sus grandes ojos negros, su magnífica cabellera, la interesante palidez de su rostro, y cierto tinte melancólico en su fisonomía, unido al traje español que vestía con suma gracia, era lo que se llama una mujer *salada*.

Pero Ana recibió aquellos cumplimientos con una frialdad despreciativa, y respondió en francés en tono alto y grave. Entonces, y despues de infinitas protestas, acabó Martínez de la Rosa por donde hubiera podido empezar: dijo que las autoridades españolas de Herrería, Valencia de Alcántara y Mérida decían haber sido gravemente insultadas por Marsilly; lo cual era verdaderamente posible, pero eso no justificaba de ningun modo los procedimientos sumarios y las extorsiones de que Marsilly había sido víctima. Pero el ministro, olvidando las quejas mas ó menos fundadas de los enunciadados funcionarios, decidió que por consideracion al señor de Rayneval se devolvería á Marsilly todo lo que pudiera encontrarse, y se le daría un permiso para pasar á Cádiz.

—Ya he escrito tres veces, añadió el ministro, sobre este particular, y espero que ese arreglo no se retardará. Comprenda usted, señora, que estamos en una posicion sumamente difícil. España sale de una gravísima crisis; puede decirse que apenas tiene leyes, y es preciso que en arreglos de este género cada cual ceda un poco de su derecho. En cuanto al dinero, yo no soy ministro de Hacienda, y no es cosa mia.

—Pero me parece que no he venido aquí á pedir favor, dijo Ana. Lo que reclamo, es justicia. Las autoridades españolas nos han despojado; el gobierno español nos debe una restitucion, y en el caso de que se quejen de haber sido insultados, estamos prontos á responder militarmente ó ante los tribunales competentes. En el caso de no ser V. E., señor ministro, quien deba arreglar este asunto, ha sido hacerme un flaco servicio dejarme esperar tanto tiempo una audiencia inútil. Pero ¿no es V. E. el ministro de Estado, único competente en estas circunstancias? Prueba de ello son las órdenes dadas. En Francia no hubiera escrito un ministro tres veces, porque desde la primera habría sido obedecido. V. E., que durante diez años ha podido apreciar la hospitalidad francesa, y su generoso proceder con los refugiados españoles, puede juzgar igualmente si al entrar en España como amigos y bajo la proteccion de un tratado, hubiéramos debido esperar ser despojados y presos sin siquiera obtener justicia de un gobierno que se llama constitucional.

Si Martínez de la Rosa hubiera tenido imaginacion, toda aquella charla fuera de lugar, solamente le hubiera hecho reir; pero él se incomodó, tomó su aire espetado, saludó ceremoniosamente, dió media vuelta y desapareció.

Un momento despues llegó una especie de mayordomo con el sombrero en la mano á decir á las dos mujeres:

—Su excelencia está indispuerto, y siente no poder prolongar la audiencia. Ruega á ustedes que le dispensen.

Martínez de la Rosa se había enojado principalmente por los recuerdos tan brutalmente evocados por la aventurera. En el fondo tenia razon, pues todavía no hacia mucho tiempo que S. E. estaba expatriado, y comía el amargo pan de la emigracion; pero esos recuerdos se deben dejar en el olvido, especialmente cuando se necesita á aquel para quien evocarlos es una ofensa.

Fué preciso volver á Rayneval, á quien no había Ana facilitado mas el camino. El ministro francés, á cuya casa fueron las dos señoras, no recibía: tenia gota. Ana volvió un día y otro, y al fin movió tal alboroto en la antesala, que fué necesario reci-

birla. Ya acorralado el señor de Rayneval, la prometió seguir adelante aquel asunto, pedir justicia, y hacer que se pagaran á Marsilly quinientos duros por gastos de viaje, pues la pobre Ana estaba muy apurada. Su salud, rudamente gastada por su vida aventurera, acababa de recibir un choque sumamente grave. El señor de Rayneval se compadeció de esta pobre jóven que en manos de otro hombre hubiera podido ser una criatura adorable, la aconsejó que no pensara mas que en su salud, y la aseguró que despues de hacer arreglar sus papeles, la haría guardar un asiento en el cupé de la diligencia de Sevilla dondó encontraría á su marido.

Ana pasó á las oficinas del ministerio, y vió expedir la orden concerniente á su marido. Su dinero se derramaba por todas partes; los billetes de Banco no podía cambiarlos; en cada moneda portuguesa de oro tenia que perder dos duros. Pensando en que su marido se debería encontrar en peor situacion, tomó lo que la quedaba de dinero español, cambió algunos guillemos, porque el oro holandés pasaba en todas partes, y así pudo reunir una cantidad, que envió á Mérida.

Contaba con los quinientos duros prometidos por la embajada, pero el 19 de Febrero, en el momento mismo en que iba á tomar la diligencia, un empleado de la embajada la llevó doscientos, que era cuando podía esperar. Ana exhaló su disgusto en algunas palabras acentuadas dirigidas al señor de Rayneval, y tomó el camino de Sevilla.

—¿No teme usted á los rateros, señora? le preguntó un viajero que iba en el mismo coche, y había visto contar el dinero.

—Los mayores ladrones, respondió Ana, no están en España en los caminos reales, y en cuanto á los rateros, aquí tengo su racion.

Y esto diciendo encará una pistola al curioso viajero que dió un salto hácia atrás.

Entretanto, Marsilly había sido puesto en libertad segun órdenes recibidas de Madrid. Se le entregaron sus papeles, un pasaporte, y salió de Mérida; mas no sin dificultades. Cuando fueron á abrir su prision le rodearon quince nacionales como á un terrible malhechor; tenia ensillados y listos los tres caballos restantes, pero no podía servirse de ellos; le habían

traído un asno, en el cual se empeñaban que había de hacer su viaje. Marsilly, que ya se había acalorado discutiendo la enorme nota de gastos que le reclamaban por él, su secretario, su criado y sus caballos, apostrofó á sus guardianes llamándoles canallas y otros dierios, y persistió en ir á pié. Uno de los guardias fué á montar en un caballo, cuando Debant, el criado de Marsilly, le agarró por una pierna, le derribó y le administró algunos puñetazos; los otros le apuntaron sus armas, y tal vez le hubieran fusilado, si Marsilly, que se encontraba en su elemento, no les hubiera apartado los fusiles echándolo todo á broma, y reduciendo la cuestion á cuatro inectivas y otros tantos reniegos.

La cosa no pasó adelante, pero Marsilly tenía desgracia, pues con esta escaramuza había puesto en conmocion á la poblacion. El populacho reuniase en torno de la comitiva. Al ver entre los nacionales á aquella especie de jayan con unos bigotes inmensos, casaca azul celeste con vivos encarnados y charreteras, pantalon blanco con tira de oro, faja de seda carmesí, sombrero tricornio con borlas de oro y plumero, porque Marsilly se había vestido de gala, los buenos vecinos de Mérida creían ya tener á los carlistas á las puertas. Los mas valientes, ó los mas fanfarrones, se armaban gritando: «¡Muera la inquisicion! ¡Abajo los franchutes! ¡Muera los gabachos!» y ya hablaban de ir á buscar la bandera, y de morir por la inocente Isabel.

Por fin se apaciguó todo este tumulto con la marcha de Marsilly y de su escolta: diéronle al cabo sus caballos, su sable y sus pistolas, y el 7 de Marzo llegó á Sevilla, á donde le había precedido Ana.

Allí le esperaban nuevas vejaciones. El capitán general le comunicó la órden de estar dispuesto á partir en el vapor que tocaba en Cádiz.

—¿Y mis caballos? preguntó Marsilly. No puedo acomodarlos en el vapor.

—Se les acomodará. Vaya usted.

Aunque se advirtió al vice cónsul francés, nada pudo obtener, pues sin duda habían llegado noticias de Marsilly, y se le trataba segun sus méritos.

Partió furioso, pero partió. En Cádiz fué á casa del cónsul de Francia, señor Gros, que le aconsejó dejar su séquito en Cádiz, ir á Gibraltar, y desde

allí ir á pedir justicia á Madrid. Dicho señor hasta le dió cartas de recomendacion, porque seguramente no había comprendido con quién trataba.

Partió Marsilly sin dilacion para Gibraltar, y de allí á Madrid. Por la recomendacion del cónsul de Cádiz, el de Gibraltar, señor de Vaubicourt, dió á Marsilly un pasaporte con la fórmula tutelar: *Encargado de despachos para el embajador de Francia en Madrid.*

El 27 de Marzo cayó Marsilly como un rayo en casa del señor de Rayneval, que se creía libre para siempre de esta gente. A las exclamaciones y gesticulaciones del teniente coronel pedrista, el embajador se apresuró á darle la razon y á enviarle á Martínez de la Rosa, que no hizo nada.

Pero Marsilly corría de Madrid á Aranjuez como si le hubieran robado un reino, apremiando á unos, y reprendiendo á otros. Así pasó un mes, despues del cual, como el secretario, señor de la Rochefoucauld, y el canceller, señor Ligier, sufrían diariamente inquietados por tan incómodo pretendiente, resolvieron desembarazarse de él.

Hallábase Marsilly á la mesa el 20 de Abril, cuando se le presentó un capitán con aire contrito, y le confió con mucha cortesía que estaba encargado de la desagradable mision de prenderle y conducirle al cuerpo de guardia, desde donde sería enviado inmediatamente á Bayona.

Marsilly se levantó tranquilamente y siguió al capitán, y en la calle entabló conversacion con él sobre la carrera militar. El capitán, un poco mas tranquilo sobre su mision, pues le habían pintado á su prisionero como un Fierabrás, se adelantó á la pequeña escolta que había llevado para un caso de resistencia.

Al cabo de pocos minutos, dijo:

—Coronel, tiremos hácia la derecha que es mas corto.

—No, sigamos todo derecho; no tenga usted cuidado; soy buen táctico, y no me pierdo.

Y tomando el brazo del capitán, siguió su camino.

Al llegar á una plazuela, volvió á decir éste:

—Coronel, no puedo continuar mas en esta direccion; nos alejamos del cuerpo de guardia.

—Es cierto, capitán; pero tengo un asunto en la embajada, y está aquí.

Marsilly con mucho ingenio se había puesto bajo la proteccion de los que querían enviarle á Bayona.

Tenemos, pues, á nuestro aventurero, acampado en los salones de la embajada: allí come, se arregla, elige una habitacion donde duerme con el sable en la mano y sus dos pistolas debajo de la almohada por temor de una sorpresa. El señor Rineval estaba ausente, y el señor de la Rochefoucauld parlamentó con este extraño huésped.

—¿Se compromete usted, preguntó el aventurero, por escrito, á hacer de modo que no me moleste el gobierno español?

—Nó.

—Pues entonces aquí me incrusto, y al que trate de desalojarme, le levanto el cráneo.

El señor de la Rochefoucauld trató de sitiár, y áun de bloquear á Marsilly. Prohibió á todos los de la embajada comunicar con él y darle cartas ó viveres. Pero los dependientes de la embajada no resistían á los reales del bloqueo, y además les interesaba su audacia. Preciso fué al secretario entrar en un arreglo, y así hizo proponer á su incómodo huésped 50 luises, viaje pagado para él y para su mujer, y dos pasaportes para Francia, garantizándole la libertad y seguridad personal de entrambos en el viaje.

Así Marsilly, que antes había tratado con España en la persona del alcalde de Herrería, trataba ahora de potencia á potencia con Francia en la persona de sus ministros.

Partió con dos cartas que el señor de la Rochefoucauld tuvo la bondad de darle para dos consulados á su eleccion, y la respuesta que dió á esta condescendencia hace su mejor retrato.

—Están regulares esas cartas, dijo: sin embargo, podían estar mejor. Hay en una de ellas un error que resulta casi de una falta de francés. Con todo, bien podríamos darnos por contentos si la diplomacia cometiera algunas faltas mas de ortografía y menos de lealtad.

Esta conducta preparaba á Marsilly desgracias más graves que las que acabamos de referir.

Desde que salieron de Madrid con intencion de

volver á Francia por Africa, se vé á nuestros aventureros en continua lucha con los consulados de toda la costa, ya exigiendo, ya reconviendo. Marsilly, fuerte con su pasaporte de Madrid se negaba á cambiarle, y quería conservarle como un arma para las reclamaciones futuras. Un cónsul quiso al menos anularle, rayando ciertas formulas; pero Marsilly, segun él mismo dijo, le amenazó con el gesto y con la voz.

—Si no limpia usted inmediatamente, le dijo, las palabras borradas, le escupo la cara y le arranco la condecoracion.

El cónsul tomó al punto la ofensiva: su secretario le ayudaba con toda su fuerza; pero esto no impidió que recibieran una severa correccion, despues de la cual tuvieron que escribir en el pasaporte lo que él quiso.

Estas fanfarronadas están copiadas del folleto publicado en 1837 por nuestro aventurero, titulado: *Luis de Marsilly*, en París, editor Budonin, con estas exclamaciones colocadas al frente debajo del título:

*¡Gloria á los que persiguen el crimen!*

*¡Vergüenza é infamia á los que le inventan!*

*La justicia de Argel es un crimen permanente.*

Despues de este nuevo escándalo, la pareja quiemista se embarcó para Africa. El 8 de Junio llegaron á Argel, donde esperando una ocasion para pasar á Francia, tomaron un cuartito en la calle de la Taberna. Sus criados se habían quedado en España, y con tantas y locas aventuras, su bolsa menguaba cada día.

Pero sus locuras de España iban á continuar en Africa, y á perseguir allí á Marsilly. Uno de los cónsules de Francia en España, ya fuera prevencion bastante justificada por tantas violencias, ó ya resentimiento de los insultos recibidos, ello es que en el mismo buque que conducía á los cónyuges, enviaba una nota al subintendente civil de Orán, puesto de cuarentena, en la cual llamaba su atencion sobre el «llamado Luis Fournet, que se apellidaba de Marsilly, y suponía ser coronel al servicio de don Pedro, hombre peligroso y capaz de todo.» A este aviso venía

unida una declaracion de un tal Doriguy, concerniente á varios antecedentes del supuesto coronel, cuya declaracion, firmada con una cruz, es como sigue:

«En cuanto al coronel Marsilly, la nota que os dirijo es la verdad pura. Este sujeto, el año pasado, en el camino de Golgan á Santaren, detuvo con ayuda de dos hombres que le acompañaban, á un arriero, al cual robó las dos mulas que llevaba, con sus aparejos, diciéndole que si no se las daba de buena voluntad, no respondía de lo que le harían los dos hombres que le acompañaban, robo ejecutado despues de violentar la puerta de la posada donde estaba descansando. He sabido despues por el individuo que le sirve de secretario, que el tal Marsilly, hoy coronel, no era más que un especiero de París, condenado á diez años de presidio á consecuencia de una quiebra fraudulenta. Es todo cuanto sé acerca del supuesto coronel Marsilly.

»Firma de DORIGNY (LUIS).+»

«En cuanto á la mujer del supuesto coronel, añadian los informes dados por el cónsul, se llama condesa de San German; pero no es otra cosa que la hija de un tal Roumette, agente de colocaciones en la calle de Fossés-Montmartre, número 15, en París.»

Vése lo que había de falso y de verdadero en esta denuncia, emanada sin duda de algun otro escapado de Portugal, resto de la derrota de los miguelistas. Lo falso era la negacion del grado y el nombre; lo verdadero, indudablemente era el asunto de las mulas.

Pero, ¿qué tiene de extraño que estando en guerra, persiguiendo á don Miguel, que entonces se refugiaba en Santaren, rompiese Marsilly la puerta de una posada y arrebatase dos mulas á un arriero tal vez miguelista?

Era en cierto modo poco leal invocar hechos semejantes contra un cabecilla político, y había cierta precipitacion en acoger rumores tan graves como aquellos de que se hacía eco el autor de la nota; pero ¿no era Marsilly capaz de todo? Se concibe que no fueran demasiado escrupulosos con semejante sujeto.

Al sentar su planta en la tierra africana, encontraba Marsilly á la administracion persuadida de que

acababa de introducirse en la colonia un escapado de presidio, un bandido de carretera. El procurador del rey, señor Hautefenille, hizo vigilarle, y el 16 de Junio, al salir de la tienda del señor Loyer, en la calle de Bab-el-Ouet, donde acababa de comprar un tarro de opiata para los dientes, un gendarme, vestido de paisano, se acercó á él y le ordenó que le siguiera.

Conducido ante el procurador del rey, se le advirtió de que se le acusaba de pasar monedas de cien sueldos falsas, y hasta se le encontró una de esas monedas, y en otras varias la cantidad de 20 francos y 85 céntimos.

Cuatro dias antes, un farmacéutico, el señor Vallée, al cual Marsilly había comprado 20 céntimos de goma, y dado en pago una de estas monedas de 5 francos, la encontró un aspecto singular: se la mostró al señor Lelievre, y éste le aconsejó que las guardara. Otro día volvió Marsilly, compró 20 céntimos de harina de linaza, y pagó con una moneda semejante á la anterior. Un empleado del Tesoro, á quien presentaron las dos monedas, reconoció que eran de plata buena, pero que se las había quitado parte del metal por medio de un procedimiento químico.

Otro comerciante, el señor Dectrian, recordó tambien haber vendido á un sujeto parecido unos adornos de sombrero de mujer, y haber recibido en pago tres monedas rebajadas como las del farmacéutico.

Entonces fue, cuando en vista de la declaracion de estos dos vecinos, un gendarme disfrazado, Lecocq, observó con mas detencion los actos del individuo sospechoso. Le vió entrar en la tabaquería de un tal Plácido, comprar un cigarro y pagar con una moneda de 5 francos, y de allí entró en casa del señor Loyer, á cuya salida fué detenido.

Despues de un interrogatorio sumario, en el cual Marsilly respondió que no sabía lo que querian decirle, el procurador del rey se personó en el domicilio conyugal.

Procedióse á un registro, y se encontró, dice el proceso verbal, diez y seis piezas de 5 francos rebajadas, 100 francos en monedas de plata, varios lingotes de plata, con particulas ó exfoliaciones de

mismo metal, que no dejaban duda sobre su origen. Marsilly se negó á firmar el proceso verbal y los paquetes que contenian el cuerpo del delito, y fué conducido á la cárcel para esperar en ella á ser juzgado.

Allí debía esperar largo tiempo.

Es un estudio curioso de hacer el de la justicia en los primeros tiempos de la colonia de Argel. El proceso de Marsilly nos vá á permitir dibujar tan interesante página de la historia judicial.

La justicia debió seguir en las posesiones de Francia en Africa las mismas fases que la conquista. La primera es la de la justicia militar. La civilizacion francesa, tan admirablemente complicada, vá muy lentamente en la organizacion de una colonia, embarazada por sus numerosos detalles. Bajo este punto de vista, la justicia militar expeditiva, arbitraria, sencilla, recta como una espada, es un beneficio en la aurora de una organizacion social; pero tambien suele dar resultados extraños, que vienen á entorpecer singularmente y con frecuencia la libertad individual. En esta primera época de la vida francesa en Africa, se ha visto á un oficial en Constantina tomar por autoridad un ejemplar de un Código viejo para fallar un divorcio.

Pero donde quiera que se asentaba la conquista, las formas legales y protectoras de nuestra sociedad civil, tendian inmediatamente á subir á la superficie.

Durante los dos primeros años, los Consejos de guerra fueron el único instrumento de justicia conocido. Poco á poco se trasformaron en tribunales militares, y por fin el 16 de Agosto de 1832, un decreto del general Clausel sometió el procedimiento de estos tribunales á las prescripciones trazadas en el Código de instruccion criminal, y se instaló en Argel un verdadero tribunal de justicia criminal.

Pero esto no era todavía más que un embrion de organizacion judicial. Regido por un simple decreto, este tribunal tenía á su cabeza un fiscal investido al propio tiempo de las funciones de juez de instruccion. Pero no se puede hacer de los magistrados que componian este tribunal, la idea que nos inspira la majestuosa dignidad de nuestra magistratura francesa. Sus miembros no tenían ni la alta independencia, ni la gravedad, ni la autoridad, ni aún la forma mate-

TOMO II.

rial de ésta; el traje. Este señor Hautefenille, á quien acabamos de ver empezar la instruccion del proceso Marsilly, debemos representárnoslo como era en realidad, es decir, vestido trivialmente con un mal paletot de verano, y un sombrero blanco aplastado. La primera palabra de Marsilly, de aquel revoltoso, cuando el señor Hautefenille le dijo quien era, fué ésta: «¡Usted un procurador del rey! ¡Vamos, hombre, qué usted allá! ¡Si tiene usted traza de polichinel!» respuesta que debía perjudicar al aventurero notablemente.

Uno de los jueces que componian el tribunal había sido comisario de policia; otro era un antiguo especiero, y otro había desempeñado el cargo de intérprete. Había, sin embargo, un presidente y un vice-presidente, los señores Rolaud de Bussy y Vincent, magistrados formales y honorables. El señor Vincent, oriundo de Poitiers, había estudiado derecho con el señor Jenet, tio de Marsilly, y hubiera estado dispuesto á ejercer en el proceso de su compatriota una saludable influencia, si Marsilly no hubiera tomado á empeño exagerarlo todo con sus deplorables brutalidades, aullando á cada interrogatorio: «Todos sois unos tunantes.»

El señor Vincent, que conocía á la familia de Marsilly, y el señor Sanzais, capitán de Estado mayor que le había conocido á él en el ejército, trataban de desvanecer las prevenciones desfavorables que habian surgido en la imaginacion del fiscal, señor de Hautefeuille por las notas recibidas de Gibraltar; pero las violencias del acusado paralizaban todos sus esfuerzos.

El señor Vincent fué el primero que habló á Ana de Marsilly de los lingotes y de las hojuelas de plata de que hablaba el proceso verbal, y la jóven contestó: «Será sin duda un paquete que contenia galones viejos quemados, un corchete de plata, un dedal viejo de lo mismo y las abrazaderas de un fusil, tambien de plata, con cuyos objetos quería yo mandar que me hicieran un vaso. Creía que me lo habian robado en España.»

Por lo que toca á Marsilly, se negó á toda explicacion, y hasta llegó luego á afirmar que habian dejado pasar dos meses sin hablarle de tales hojas ni lingotes.